

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLII

San José, Costa Rica

1946

Sábado 19 de Octubre

No. 20

Año XXVI — No. 1008

Para quien ha afirmado la egregia condición de clásico de Rubén Darío, no puede existir ni siquiera la sombra de una duda sobre la eternidad de su poesía mientras la lengua hispánica continúe siendo el maravilloso instrumento de cultura que alcanza su plenitud en el verso armonioso del hijo azul de Nicaragua.

Fué entre nosotros donde despuntó, mirífico, el orto de esta nueva poesía. Y entre el desencanto de amor, entre angustias imaginadas o vividas, entre triviales anécdotas transitorias que hoy alcanzan perdurable jerarquía porque las tocó el ala de su canto, la imagen del poeta se abre camino en los corazones para grabar en ellos su impronta sutil y profunda, clara y melancólica.

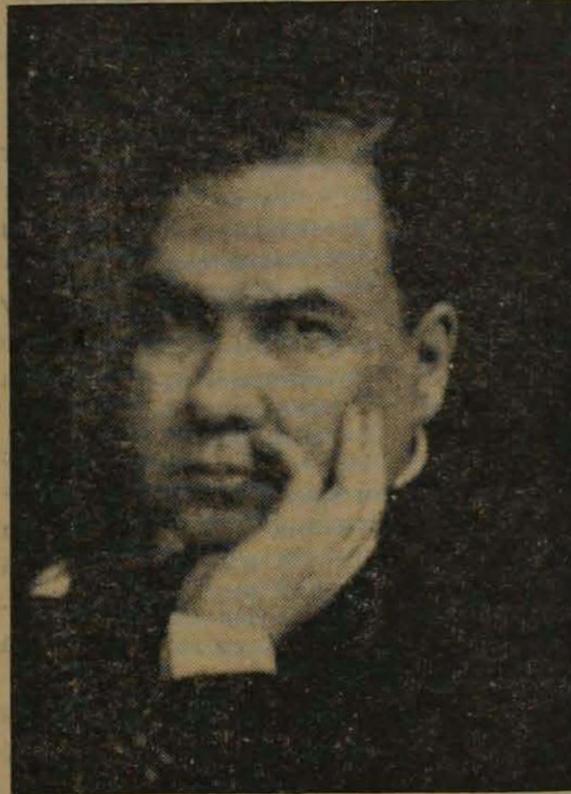
Venía impregnado de sus esencias tropicales que un maestro de su tierra quiso apresar en la exquisita disciplina de los vasos eximios de la dulce y siempre eterna Francia. Y aquí, con curiosidad infatigable, que hasta en eso era un niño, con amigos angélicos y providenciales como aquel nunca bien recordado Pedro Balmaceda Toro, el A. de Gilbert de su recuerdo y su esperanza, con hombres de la docta experiencia y la severidad amable de don Eduardo de la Barra, autor de un prólogo que, olvidado, anticipa los puntos fundamentales de la crítica llena de sonriente sabiduría de don Juan Valera, con la reciedumbre institucional de una república en forma, el adolescente nimbado de ilusión se asoma al mundo en una brega ardorosa, en una pugna inexorable por el pan de la vida y por la vida de la poesía.

El soñador que en la parábola lleva sobre los hombros el tormento y la gloria de su quimera pone, transido de anhelos divinos, la planta fugaz en la tierra perecedera. Y así, sobre la fragilidad y vanidad del mundo, sólo vive la eternidad del canto. En él, la triste ceniza mortal supera el límite y, obra del hombre, fina y sutil, aumenta la belleza del mundo con ese milagro lleno de misterio y de dulzura que se llama la gracia. Un verso bello, pudo decir uno de los elegidos muerto en la edad del amado de los dioses, un verso bello es una alegría para siempre.

Y ocurre que en este mundo de milagros y misterios que es la poesía, la metáfora y el símbolo y la alegoría marcan, con vida propia, la gravitación de una realidad distante de la gris y cotidiana rutina. En la poesía, en esa alegría para siempre que amaba el dulce Keats, se dan la mano hasta reducirse a armonía aquellas cosas que más en contraste nos parecen a la mirada

ETERNIDAD DE RUBEN DARIO

(De *El Mercurio*. Santiago de Chile, setiembre de 1946)



Rubén Darío

*

frívola o al basto oído carnal. El hombre dueño del dón poético percibe, siente, vive esas armonías remotas y ocultas. Su ojo penetra en la intimidad del corazón secreto y profundo de las cosas. Su oído metafísico sabe lo que dice el silencio y lo que calla el estruendo. El poeta es un maestro de unidad.

Su medida no es la de todos los hombres. Aunque los demás no lo sepan, a veces él tampoco lo sabe!, trae para su pueblo y para su raza, para su gente y para su tiempo, un mensaje. Lo que dice o no lo dice y, por ello, su destino es ex-elso o su vida frustrada, pero, a comunicarlo a sus hermanos, nació de vientre de mujer.

De los hombres con misión de mensaje fué Rubén Darío. Por eso leyéndolo sentimos aumentada nuestra vida con el íntimo júbilo de una revelación interior. Como el viento en el árbol, en él sopla y canta el espíritu. Y ese soplo alado, ese apenas susurro breve y leve que no sabemos si es suspiro o sollozo o balbuceo, esa nada en el aire, eco de una palabra o simple resonancia sin sentido, por una alquimia misteriosa se trasmuta en oro de pura y eterna poesía como de la raíz ciega en el limo oscuro de la tierra nutricia brota, milagro bajo el milagro del cielo, la púrpura encarnada de la rosa o la nieve cándida y

cristalina del lirio. El poeta crea de la nada su propio mundo. Lo crea jugando. Jugando y padeciendo, porque en el juego se le va la vida, el amor y la esperanza. Y así de sus manos, como de las de un taurmaturgo, veréis que nacen las cosas frágiles, delicadas y simples: el ala, la rosa y la estrella. Y en su fragilidad, y en su delicadeza y en su sencillez, eternas.

Por eso cuando os encontréis en la calle con uno de esos hombres raros y meditados, no comprenderéis al pronto la vaguedad melancólica de sus ojos sonámbulos, extravagantes o excéntricos porque no alcanzaréis a penetrar el mundo que con su vida en sacrificio y en angustia van forjando. Y, otra paradoja, ese mundo, que es el reino de la alegría, se tejió con la madeja sutil de sus nervios en tortura, se exprimió en el racimo de su sangre, se hizo palabra y canción en la mística congoja de su espíritu. Porque en poesía, no os admire, encontraréis la alegría melancólica y la tristeza sonriente.

Encontraréis pobres más pobres que la misma pobreza y, sin embargo, con alegría de millonarios para recibir en sus manos desnudas el oro fugitivo del sol que muere o con la felicidad del lirio que en su humilde y silenciosa dulzura teje su flor más bella que el suntuoso manto gemático del Rey Salomón.

Y cuando os digan de un poeta que es ebrio vagabundo, recordad al personaje de Anatole France que él mismo lo decía, no conocía otras orgías que «las orgías silenciosas de la meditación y del ensueño».

En su vida trashumante, niño, adolescente, hombre, Rubén Darío cruzó, dando a todas las cosas su amor y su canto, el ancho panorama del mundo. De Chile partió el mensaje que anunciaba a dos continentes el nacimiento de un nuevo lenguaje poético. De España llegó, confirmada por la ilustre autoridad magistral de don Juan Valera, la ejecutoria que, caballero armado de todas sus armas, le entregó en Valparaíso la hidalga mano patricia de don Eduardo de la Barra. En Chile, en horas de soledad y de pobreza, conoció la fraternal amistad hospitalaria de Pedro Balmaceda Toro, siempre por él recordado y por los chilenos olvidado, de Manuel Rodríguez Mendoza, de Carlos Toribio Robinet, de Narciso Tondrau, poeta helénico y sobreviviente heroico, de Eduardo Poj-